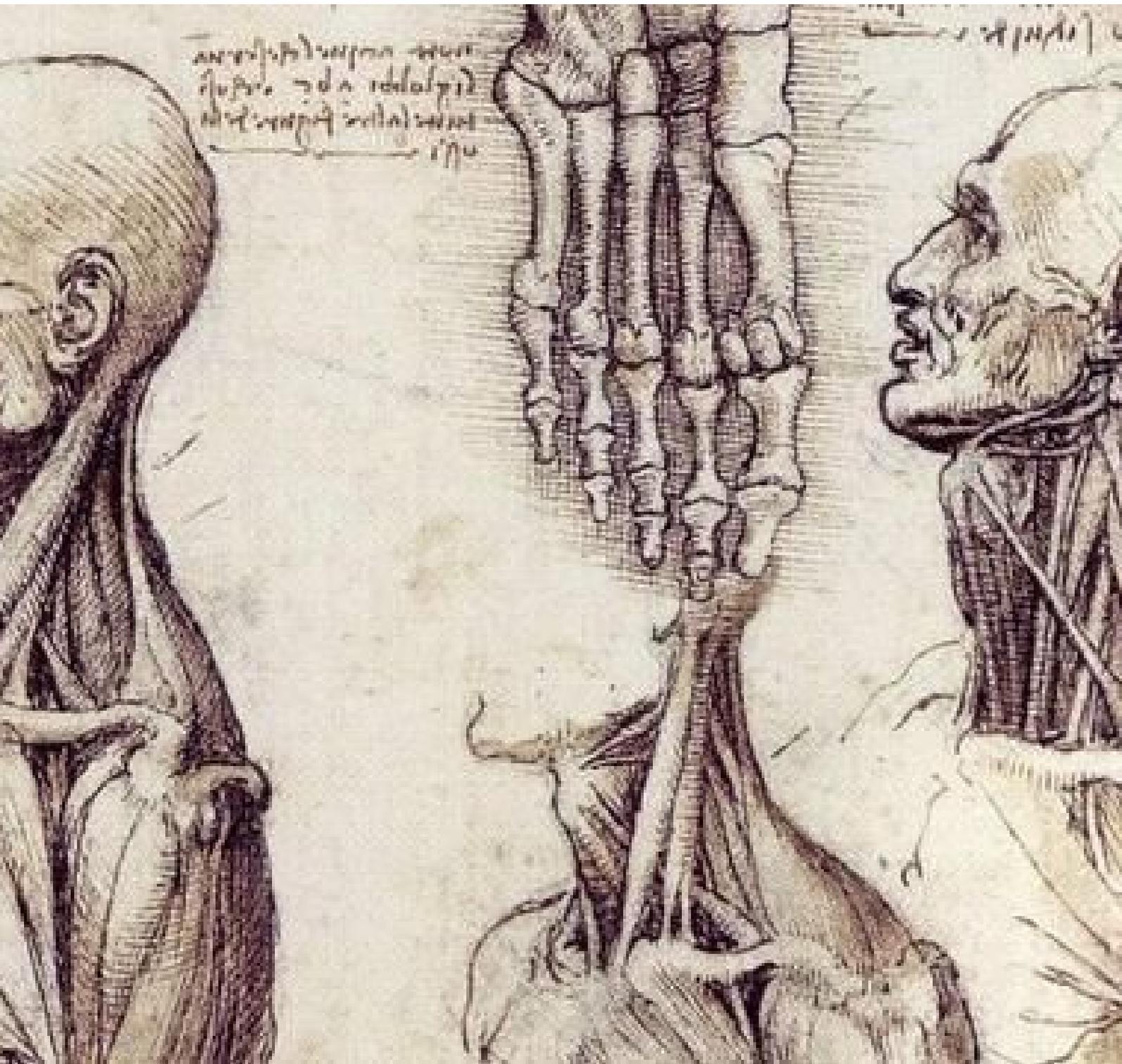


El misterioso caso de Mr. Smith.

Barri K. Jones



Capítulo 1

El misterioso caso de Mr. Smith.

Extracto de las memorias de mi padre, Mr. Harry Boyne, médico de profesión y fallecido el pasado 3 de abril de 1896 en nuestra casa de Great College Street.

Recuerdo el caso del señor Raymond Smith como si fuera ayer, sobre todo porque fue uno de los casos más estrambóticos que se han visto en toda la historia de la medicina (al menos, eso creo yo).

Por aquel entonces corría el año 1865; hacía unos meses, mi mujer había dado a luz a una niña diminuta, de brillantes rizos dorados y ojos del color de la miel, a la que llamamos Sarah, en honor a la hermana de mi mujer, fallecida hacía unos años de una terrible enfermedad que nadie supo curar o siquiera identificar. Yo regentaba una clínica en una de las calles más concurridas de todo Londres, cuyo nombre, desgraciadamente y debido a las múltiples pérdidas de memoria que sufro, fruto de la vejez, no recuerdo ni vaga ni claramente. Ahora que tenía una hija, que se pegaba casi todo el día inundando la casa con su llanto ensordecedor y absorbiendo toda la atención de mi mujer, no hacía más que buscar excusas para huir de aquel infierno y refugiarme entre mi instrumental médico y el olor a sangre y enfermedad que emanaba de los pacientes que se arrastraban hasta las puertas de la clínica, como almas en pena. Empezaba a dudar de que hubiera tomado la decisión correcta al haber permanecido al lado de mi mujer, apoyarla durante el embarazo, ya que este solo me había traído problemas, además de darme el convencimiento de que los fluidos de un bebé huelen peor que el hedor que emanan de todos los cuerpos putrefactos y con un pie en la tumba que debía atender para ganarme unas veinte libras al día. Y me di a la bebida, primero con un chupito de whiskey al terminar la jornada; conforme pasaban los días, con la botella entera a lo largo de todo el día, incluso delante de los pacientes, que la mayoría de las veces estaban demasiado doloridos como para darse cuenta de que el doctor que los iba a atender estaba medio ebrio. Tuve varias discusiones con mi mujer, yo siempre me quejaba de lo mismo, de que ella ya no tenía tiempo para mí, que estaba demasiado centrada en Sarah y yo estaba harto de tener que escuchar todos los días, a todas horas, los berreos de mi gritona hija de ocho meses. Pasaron los días y llegué a un punto en el que ya apenas dormía o siquiera ponía un pie en mi casa, que estaba borracho a todas horas, apenas abría la clínica, consciente de mi estado de embriaguez, y, cada vez que se abría la puerta de mi consulta sin importar el hecho de que hubiera colgado el cartel de

cerrado, daba un respingo, pensando que era mi mujer, para pedirme el divorcio, en vez de un cliente que tenía una urgencia o alguien que necesitaba ir al baño.

Precisamente estaba yo sentado en un rincón de mi clínica, con una botella casi vacía de whiskey entre mis manos y sintiendo los efectos del alcohol, cuando en el interior penetró un hombre mayor, con la coronilla tan calva como reluciente y pelos blancos y despeinados bordeándola y apuntando al techo como si quisieran tocar la lámpara de gas que pendía de él. El hombre iba encorvado y era enano, tanto que, si no te fijabas en su rostro arrugado y su pelo blanco, pensabas que era un niño. Sus zapatos estaban llenos de barro y su ropa un tanto harapienta, pero, a pesar de todo y teniendo en cuenta que debía de estar entonces borracho, pensé que había venido solo para utilizar el baño, ya que a mí, uno de los mejores médicos de Londres (y no exagero), a pesar de que esos últimos días me estaba devorando la competencia, recurría gente desesperada, que se veía en las últimas y prefería recurrir a mis servicios antes que a los de un cura.

El hombrecillo me miró con sus ojillos negros como los de un ratón. Llevaba las manos en los bolsillos, como si quisiera ocultarlas, y no cesaba de escrutarme con cara de susto, aunque en mi interior todo me daba vueltas y no era capaz de darme cuenta siquiera de mi existencia. Para mí, la presencia de ese individuo no era nada más que una alucinación consecuencia de la embriaguez.

-Señor, señor, ¿me escucha?- me dijo el hombre, como incapaz de mover los labios, y en un susurro rasposo que a mí me pareció el de la muerte, que me reclamaba desde el otro lado de la clínica, concediéndome por fin el descanso que tanto anhelaba, el fin de esa borrachera constante que ni siquiera daba tiempo a que llegara la resaca; esa espiral de perdición en la que yo mismo me había sumergido solo por hartarme del llanto de mi hija y en parte, muy dentro de mí, tanto que ni siquiera tuve el valor para decírselo a mi esposa, porque yo siempre había deseado tener un hijo, en masculino, no una niña.

-¡Llévame, por favor, llévame!- grité, con voz pastosa, al individuo que seguía en la puerta.

El hombre torció el gesto con un poco de dificultad y cara de confusión. A continuación se acercó a mí lentamente, con algo de temor, y, al llegar a mi altura, por primera vez se sacó las manos de los bolsillos. De nuevo pensando que el alcohol me estaba afectando en exceso, miré a sus manos y observé que las venas se le marcaban en la piel como gusanos de un color morado, casi negro, sepultados bajo el tejido. Además, sus dedos eran deformes, se ramificaban como si en vez de dedos fueran ramas secas y estaban rígidos como barras de hierro. Me aparté de él, con la torpeza típica en un hombre bajo los efectos de la embriaguez, y,

mientras lo hacía, tiré una mesilla donde habían varios productos químicos y recipientes de cristal que cayeron al suelo. A partir de ahí, lo único que recuerdo es que uno de los objetos me cayó en la cabeza y caí al suelo, inconsciente.

Cuando abrí los ojos, lentamente, lo primero que vi fue el techo de la clínica, iluminado por la luz amarillenta de la lámpara de gas.

-¡Su madre!- grité, mientras sentía que una punzada de dolor me recorría el cráneo. "Putita resaca" pensé mientras me llevaba las manos a la cabeza.

-Tómese esto, es un buen remedio contra la resaca- escuchó que me decía a mi lado la misma voz rasposa y susurrante que hacía no sabía yo cuánto tiempo había confundido con la de la muerte.

Me volví hacia mi derecha, de donde provenía la voz que me acababa de hablar, y vi al mismo hombrecillo de pelos blancos despeinados y coronilla lisa como una bola de billar, como un científico loco. Me tendía, cogiéndolo como se lo permitían sus dos manos deformes, un vaso de cristal que contenía un líquido parduzco que me provocó náuseas. Dirigí una mueca de asco hacia la bebida. Al ver mi gesto, el individuo dirigió hacia mí el vaso de líquido nauseabundo, como apremiándome para que me lo tomara.

-Venga, no se comporte como un crío- me dijo.

Lo escruté con el ceño fruncido y después dirigí la mirada hacia el vaso que me tendía. De nuevo, miré al hombre misterioso.

-Oiga, ¿es usted médico?- le pregunté.

-Estoy tan despeinado como calvo y las ojeras me llegan hasta la barbilla, ¿usted qué cree?- me dijo, con una sonrisa, y pude observar que su dentadura estaba tan deformada como sus dedos.

De mi interior salió una diminuta y casi imperceptible risita al escuchar la broma. Volví a mirar el vaso, como si fuera un gigante imponente que se cernía ante mí, lo cogí lo más rápido que pude y me lo bebí de un trago, como si fuera un chupito de whiskey, con la diferencia de que yo, en ese tiempo, no bebía el whiskey en chupitos, sino en medias botellas. El líquido sabía a orina y sudor humano y, una vez me lo bebí, me estremecí y el vaso se me resbaló de las manos. Entonces recordé lo último que me había pasado antes de quedarme inconsciente.

-¿Qué me ocurrió después de que aquello me golpeará la cabeza?-

pregunté.

El hombre se volvió hacia mí.

-Se quedó inconsciente- se limitó a decirme.

Yo puse los ojos en blanco, intentando ser paciente.

-Me refiero... ¿Qué me pasó mientras estaba inconsciente?

-Que no veía ni oía nada, quizás soñaba.

Me volví a tumbar, suspirando. No sabía si ese señor era tonto o me estaba vacilando. Sin embargo, una vez me tumbé, no pude hacer otra cosa que incorporarme de súbito, dándome por primera vez cuenta de algo en lo que antes no había sido capaz de caer: la resaca se me había quitado. Con los ojos abiertos como platos, sin poderme creer lo que estaba pasando, me volví hacia el individuo. El rostro del hombre estaba contraído en una mueca que bien podría ser de risa o de dolor, ya que su rostro ahora parecía tan deforme como sus dedos o su mandíbula, como si fuera la única persona de la Tierra que no sabía cómo sonreír y en ese momento estuviera haciendo esfuerzos titánicos por contraer los músculos faciales. Tardé unos segundos en comprender que no parecía, estaba haciendo esfuerzos titánicos por contraer los músculos faciales. Ahora entendía por qué al hablar apenas movía los labios.

-Señor, ¿le importa que lo vea?- le dije.

El rostro del hombre se relajó.

-Para eso he venido aquí- me dijo, y se acercó a mí -. He ido a casi todos los médicos de Londres, señor Boyne, usted es mi última esperanza y, por lo que he visto hoy, es más que posible que yo también sea su única esperanza.

-¿Perdone? ¿Por qué iba a ser usted mi única esperanza? ¿Mi única esperanza de qué?

-De no convertirse en un despojo humano, su única esperanza de que utilice esas manos que Dios le dio, no para coger una botella de whiskey, sino el instrumental médico, y hacer magia con el poder de la medicina. Eso le estoy pidiendo, exactamente; por eso estoy aquí; por eso he cruzado media Inglaterra: para que usted haga magia.

Me senté en el borde de la camilla donde me encontraba y lo miré a los ojos. Mientras observaba la rigidez de sus músculos faciales, sus dedos deformes, sus venas marcadas y moradas y, en general, todo su aspecto enfermizo, dentro de mi mente bullían miles de ideas, miles de

diagnósticos que después, tan rápido como se me habían ocurrido, calificaba de imposibles. Y así seguí, rompiéndome los cascos, analizando su forma de respirar, de hablar, todo lo que había deformado por completo su anatomía, hasta que llegué a la conclusión de que no era capaz de descubrir lo que le pasaba. Entonces negué con la cabeza, levantándome de la camilla y dirigiéndome a las estanterías donde tenía expuestos varios volúmenes sobre anatomía, curas naturales y libros de texto sobre medicina, además de botes con muestras y mejunjes curativos. Empecé a juguetear con un botecito de un líquido verduzco.

-Lo siento señor...

-Smith, Raymond Smith.

-Señor Smith- me volví hacia él, para asegurarme de que me escuchaba con claridad, y me costó todo un mundo pronunciar las siguientes palabras -.Lo siento, pero no creo que pueda curar su enfermedad. Ni siquiera los síntomas que veo a priori concuerdan con alguna enfermedad existente. No tengo ningún tipo de estudio, por lo que no tengo una base sólida sobre la que trabajar, de manera que me sería imposible siquiera pensar que sería capaz de curarlo.

El señor Smith se sentó en la misma camilla donde yo antes estaba acostado.

-Muerdo lentamente- dijo, con su característico susurro rasposo para el cual apenas movía los labios -. Cada día que pasa, siento que un trozo de mi alma se desprende de mi interior. Llevo meses vagando por calles oscuras y mugrientas, visitando todas las clínicas que se cruzaban en mi camino. Al principio, pensé que no era nada, que yo podría crear mi propia cura. Después, siendo consciente de que no llegaría a nada solo, decidí recurrir a compañeros de confianza, que tuvieron el mismo éxito que yo. Por último, a la desesperada, tengo la sensación de que todos los médicos de este país, y algunos extranjeros, me han visto sin obtener resultado alguno. Pero mi tiempo se acaba. Esta misma noche, ahora mismo, noto cómo cada segundo que pasa es más valioso que una vida, que dentro de poco no estaré aquí, viéndolo a usted, que cerraré los ojos para no volver a abrirlos jamás- el señor Smith me miró, con ojos vidriosos -.Si usted no consigue curarme durante el poco tiempo que me queda, le puedo asegurar que no veré la luz del sol en menos de un mes, cinco semanas, lo suficiente para que usted investigue y para que mi alma se acabe desprendiendo de mi cuerpo.

Escudriñé al hombrecillo que se encontraba sentado sobre la camilla, encorvado e insignificante, de dedos deformes y rígidos y músculos que parecían tener la misma rigidez. Había abandonado a muchos pacientes durante mi etapa alcohólica, además de a mi familia. ¿Sería capaz de abandonar a ese hombre moribundo que, desde la camilla de mi propia

clínica, me suplicaba clemencia? Teniendo en cuenta que la borrachera y la resaca se me habían pasado, la respuesta es más que evidente.

Durante las tres semanas siguientes, ya no estaba todo el tiempo ebrio, aunque la puerta de la clínica seguía exponiendo todos los días el cartel de cerrado y yo no me dignaba a poner un pie en mi casa, por miedo a lo que allí me pudiera aguardar. Mi paciente necesitaba de mis cuidados las veinticuatro horas del día. Poco a poco, no solo los huesos de los dedos de las manos se le ramificaron como si fueran ramas de verdad: también los hicieron el resto de sus huesos y, conforme pasaban los días, era más incapaz de articular una sola palabra debido a la rigidez mortal que fueron adquiriendo todos los músculos de su cuerpo. Yo me esforzaba por averiguar lo que le sucedía y encontrar una cura, pero cada día, cuando el sol empañaba el interior de la consulta con sus rayos, era más consciente de que mi paciente parecía estarse convirtiendo lentamente en un árbol y adquiriendo el aspecto de uno. Llegó a un punto en el que ni siquiera intentaba entablar conversaciones conmigo, que su piel adquiría el tono oscuro y la textura rasposa de la madera, además de que sus venas moradas parecían ser los nudos que se formaban en la superficie de los troncos. Sin embargo, su enfermedad no era contagiosa, quizás hereditaria, y yo empezaba a pensar que incluso podría haber sido obra del hechizo de una bruja que lo quería convertir en árbol.

Apenas veía a mi mujer, ya ni siquiera temía que se presentara en mi consulta con los papeles del divorcio. El caso de mister Smith me tenía trastocado. A lo largo del día no hacía otra cosa que cuidarlo, darle comida y agua, bañarlo e investigar, sobre todo lo último. Me empezaba a rendir en aquella lucha cuando una mañana, después de ir un segundo al baño, volví a donde se encontraba mi paciente y descubrí que ya no estaba acostado sobre la camilla, sino sentado en una silla de madera enfrente de la ventana, observando tranquilamente el paisaje. Un amasijo de pelos blancos y despeinados que se hallaba en el suelo y en un principio confundí con un diminuto ratón y la ahora completa calvicie de mi paciente, me hicieron darme cuenta de que se le había terminado de caer el pelo.

Caminé lentamente hacia donde él se encontraba. Sus ojos estaban inyectados en sangre y, visto desde mi ángulo, no sería capaz de distinguir entre la silla y el hombre que se encontraba sentado en ella, salvo por la ropa andrajosa que todavía vestía el señor Smith. Ambos parecían ser de madera, fundirse el uno con el otro como si fueran uno solo. De repente, sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Era como estar dentro de un relato de Poe. El caso de mi paciente rozaba lo irreal y lo fantástico y yo era incapaz de darle una explicación a esa figura encorvada que tenía delante y que cada vez parecía más un árbol que un hombre.

-Me estoy muriendo, señor Boyne. Voy a morir mañana, noto cómo la vida se desprende lentamente de mí- dijo, sin mover los labios. Tardé unos segundos en comprenderlo, debido a su pobre vocalización.

Cuando comprendí lo que el hombre me había dicho, me senté en cuclillas a su lado, mirándolo con tristeza, y le cogí una de sus manos, que había adquirido el aspecto de las ramas finas e irregulares de un árbol.

-Siento no haber podido encontrar una cura para su problema, mister Smith, lo siento mucho. Ya le dije de antemano que yo no...

El señor Smith hizo un movimiento leve y muy forzado de un lado a otro, que parecía más un espasmo que un ademán de negación, debido a la rigidez de sus músculos.

-Nadie puede curar mi problema si ni siquiera nadie sobre la faz de la Tierra es capaz de entender de dónde salió, ya que no es contagioso ni hereditario- dijo y, aunque en la realidad lo hizo a trompicones, repitiendo varias palabras e intentando vocalizar todo lo que podía, lo cual le llevó unos diez minutos, es mucho mejor escribir del tirón y con letras claras las palabras que pronunció.

Él me miró, ladeando la cabeza y moviendo los ojos todo lo que le permitían sus músculos, ahora tan elásticos y flexibles como lo puede llegar a ser un trozo de cuero. A continuación, intentó mover los músculos faciales; al principio pensé que lo hacía para hablar, después me di cuenta de que lo que intentaba era dibujar una sonrisa en su rostro curtido y de venas marcadas que parecía ser el de un monstruo terrorífico creado para asustar a los niños.

-Debí haber aceptado mi destino hacía ya demasiado tiempo. He puesto demasiado peso sobre tus hombros, y he alejado de su casa a un hombre que tiene una familia y unos problemas personales solo para que luche en vano por una causa perdida.

-Usted no me ha alejado de mi familia, señor Smith- dije, con lágrimas en los ojos e intentando no llorar -. Lo hice yo solo, sin necesidad de que ningún paciente o mi profesión se interpusieran entre mi vida personal y la profesional. Dejé abandonada a mi esposa cuando más me necesitaba. ¡Por Dios, soy médico! ¿Qué son para mí unos cuantos llantos de bebé o pañales manchados de heces fecales? Me comporté como un idiota, como un niño, y me aparté, no solo de mi familia, sino también de mi profesión. Si buscas la palabra gilipollas en la enciclopedia, te sale mi descripción.

Me apoyé sobre el regazo del señor Smith, ocultándome el rostro, y lloré desconsoladamente, como un niño al que han alejado de sus padres. Me sentía como un auténtico imbécil, alguien que no podría ser capaz de caer más bajo en la vida, que se había comportado como un crío y había

intentado alejar todos sus problemas a base de botellas de whiskey y autocompasión.

-Oiga, usted todavía es joven, tiene la mayor parte de su vida por delante y estoy seguro de que tanto su mujer como su hija son preciosas- me dijo Raymond, ahora vocalizando un poco peor que la vez anterior y más a trompicones, intentando una y otra vez que se le entendiera -. Yo, como ya le dije la noche en la que me conoció, también era médico, y hace mucho tiempo ya cometí el error de dejar atrás a mi familia como si fueran unos desconocidos, de deberme las veinticuatro horas de cada uno de mis días a mis pacientes, el alcohol y mis necesidades básicas. No cometa los mismos errores que yo o peores, no se arruine la vida por algo tan sencillo como el nacimiento de una niña, aunque esta, de unos meses, sea del sexo que usted no deseaba o le dé la brasa, ya que siempre va a ser mejor escuchar el llanto de un bebé que los reproches de una persona que por fin comprende lo mal padre que fuiste una vez.

Observé el rostro del señor Smith y pude percibir que una lágrima le resbalaba lentamente por la mejilla para ir a parar a su harapienta vestimenta. Era como mirarme a un espejo que me mostraba cómo sería yo cuando tuviera su edad, o cómo habría sido si hubiera seguido dejando de lado a las personas que amaba y cuyo amor había querido enterrar en una parte muy oscura y profunda de mi alma. Metafóricamente, ya que yo no tenía la misma enfermedad que ese señor ni estaba destinado a ello, si seguía apartándome de ellas, de Marilyn (mi mujer) y Sarah, acabaría como ese señor o, mejor dicho, como un árbol; como un árbol viejo, apenas capaz de articular una sola frase sin tener que detenerse más de una vez para repetir una palabra hasta que se le entienda y al que le costaba tanto caminar que lo más seguro era que el señor Smith, hacía unos minutos, se hubiera arrastrado hasta la silla donde se encontraba para hacer un esfuerzo titánico para conseguir sentarse.

Tan centrado estaba en pensar en todos los errores que había cometido, el daño que había hecho, no solo a mí mismo, sino también a mis seres queridos, que tardé unos minutos en darme cuenta de que mi paciente, Raymond Smith, había dejado de respirar.

* * *

Aquella noche del 24 de septiembre de 1865, los edificios de Great College Street se presentaban oscuros, como espíritus malignos, e imponentes, como titanes devoradores de hombres. La lluvia empañaba levemente las paredes de los edificios y la acera de la calle, solitaria salvo por un individuo enfundado en un gabán de color negro cuyos pasos inundaban cada rincón del lugar. Muchas personas que se encontraban en el interior de sus casas pegaban la cara al cristal de las ventanas, incapaces de creerse que estuvieran viendo aquello de verdad, que no estuvieran sufriendo alucinaciones y realmente Harry Boyne hubiera tenido el valor

de poner un pie en la acera de Great College Street. Durante los tres meses que había estado encerrado en su consulta desde la última vez que lo vieron, su exilio había alimentado miles de leyendas urbanas sobre su persona. Algunos decían que tenía una amante, otros que tarde o temprano huiría de la ciudad y no lo volverían a ver nunca más, otros que se había suicidado, otros que estaba loco...

Lentamente, el hombre subió los escalones que daban a la puerta de su casa, sacó una llave del interior de su chaqueta, la introdujo en el interior de la cerradura y la puerta se abrió con un quejido. Nada más entrar, al señor Boyne lo inundó una oleada de pestilente olor a humedad. Fue despacio, escuchando el sonido de sus pasos rebotando en el interior de la estancia, hacia la habitación que antes compartían él y su mujer. Al llegar a esta y ver que Marilyn no se encontraba en el interior, fue hacia la habitación de su hija Sarah. Ésta era un cuarto pequeño, con paredes pintadas de colores claros y en cuyo centro se encontraba una cuna con un móvil de viento que se balanceaba al son de la corriente que se adentraba desde la ventana decorada con cortinas blancas de lino.

Harry se quedó un tanto impresionado al descubrir que la puerta del cuarto de su hija estaba entreabierta. Cuando se adentró en él, sintió que se mareaba y estaba a punto de desmayarse, pero se controló y pudo mantenerse en pie apoyándose en el pomo de la puerta.

Tendida sobre el suelo, pálida, con un agujero de bala en el pecho y un círculo de sangre rodeando su cuerpo inerte, se encontraba su mujer, con sus ojos grises sin vida mirando al techo y la boca abierta como en un ademán de terror o sorpresa. Hacía unas horas, aunque el señor Boyne no se hubiera dado cuenta de que la cerradura había sido forzada, unos ladrones entraron en la casa. Marilyn Boyne consiguió poner a salvo a su hija a tiempo, pero no se pudo decir lo mismo de ella.

Harry se acercó a su esposa y observó su rostro. Antes de que se diera cuenta, se encontraba llorando desconsoladamente sobre su cuerpo, sintiendo que había llegado demasiado tarde y comprendiendo de verdad, aunque venía dispuesto a reconciliarse con ella, que no eres consciente de todo el amor que le profesas a una persona hasta que la pierdes para siempre. Entonces, mientras las lágrimas le empañaban la vista y su rostro se contraía en una mueca de tristeza, escuchó un ruido proveniente de algún lugar de la casa, un llanto que él conocía demasiado bien como para confundirlo.

Rápidamente, sintiendo que sus piernas tenían alas, corrió por los corredores de su casa hasta llegar a la habitación de donde provenía el llanto y, sin pensárselo dos veces, tirar la puerta de esta abajo. En el interior, sobre una cuna, se encontraba un bebé de rizos dorados que se revolvía en el interior de su camita. Harry Boyne se acercó a ella. Cuando la bebé lo vio, dejó un segundo de llorar para observar con curiosidad al

desconocido que la escudriñaba desde el exterior de su cuna. Iba a seguir llorando cuando el hombre sacó del interior de su bolsillo un poco de comida que, hambriento, había comprado en una tienda de comestibles mientras se dirigía hacia ahí. La niña tomó la comida y empezó a comer lentamente, saboreando cada bocado. Harry acarició sus mofletes suaves y regordetes.

-Mi Sarah- murmuró, sonriendo y comprendiendo que, aunque su mujer hubiera ido al cielo, en la Tierra seguía habiendo una niña a la que debía varios meses de atención durante los cuales no había hecho otra cosa que buscar la solución a sus problemas en el fondo de una botella de whiskey.